

The image features two antique pistols and a dried rose. On the left is a large, curved wooden pistol with a silver metal frame and a long barrel. On the right is a smaller, more modern-looking pistol with a dark, textured grip and a shorter barrel. In the center, between the two pistols, lies a large, dried rose with yellowish-brown petals. The background is a textured, light-colored surface with faint, repeating patterns, possibly a book cover or a piece of paper. The title 'LA TRINCHERA' is written in large, white, bold, sans-serif capital letters across the middle of the image.

# LA TRINCHERA

Manuel Argüello Mora



Imprenta Nacional  
Editorial Digital

C.R. 863.3

A694t Argüello Mora, Manuel

La trinchera [recurso electrónico] / Manuel Argüello Mora.

– 1ª ed. – San José : Imprenta Nacional, 2014.

1 recurso en línea (24 p.) : pdf ; 390 Kb

ISBN 978-9977-58-414-0

1. Novela costarricense. I. Título.

SINABI/UT

14-21

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.



Imprenta Nacional  
Editorial Digital

# LA TRINCHERA

MANUEL ARGÜELLO MORA

A MI QUERIDA PRIMA,  
LA SEÑORA  
DA. ADELA CAÑAS DE BEECHE  
DEDICA ESTA NOVELITA,

EL AUTOR

Cinco años hacía que Julio Valera había entrado como interno en un colegio de Nottingham, en Inglaterra. Hijo único de don Casio Valera y de doña Mercedes Iriarte, honrados agricultores de Cartago, que gozaban de una mediana fortuna, Julio era adorado por su familia y fue la única preocupación de la vida de sus padres, quienes se propusieron hacer de su descendiente, un hombre de profesión, que pudiera brillar en las altas clases de la sociedad.

Raras veces tienen buen resultado esas educaciones que contrastan con la que han recibido sus padres; a veces porque el nuevo doctor o literato desprecia a sus parientes, o sufre por la ignorancia y poca cultura de los suyos; y las más veces porque se contraen en el extranjero, lazos indisolubles que introducen en la familia costarricense un elemento heterogéneo y exótico que casi nunca lleva la dicha y la tranquilidad al hogar.

Mas, en el presente caso, todo auguraba buen éxito, pues don Casio no era una vulgaridad; era un hombre que había leído mucho y había viajado por los Estados Unidos en sus mocedades. Tenía pues ese barniz que sólo da el comercio con los diferentes pueblos civilizados. Además, Julio era una joya en su género. Bien formado de cuerpo, sano de corazón y dotado de una grande inteligencia; pero sus meditaciones y su selecta organización habían hecho de él un soñador, un melancólico que padecía de esa sed ardiente por la verdad, que es la levadura con que se forman los grandes hombres, los sabios y los benefactores de la humanidad.

Desde muy niño, Julio observaba, arrobado y estático, las grandes manifestaciones de la naturaleza, y todas lo impresionaban hasta el grado de hacerlo sufrir, y algunas veces, gozar sin explicarse la causa. Valiente, generoso y desinteresado, estaba siempre dispuesto a servir a todos y a ponerse del lado del débil y del desgraciado. Horas enteras pasaba mirando correr el agua de un riachuelo, o siguiendo el derrotero de un insecto, para investigar el misterio de la vida de los seres no racionales, pero dotados de un instinto mil veces más certero que la razón.

El principal objeto de sus meditaciones, y el que era también la causa de sus sufrimientos, era la inexplicable existencia del mal. ¿Por qué existe el dolor físico, la envidia, la venganza, el odio?... ¿El Ser infinitamente sabio y bondadoso que creó el cielo y la tierra, fue impotente para ofrecernos la vida rodeada de bienestar y felicidad? ¿Y si tenía el poder de hacerlo, por qué negarse a complacernos? ¿Por qué nos hace pagar cada momento de dicha con una semana de tormento?... ¡Misterio!

Pero, esa filosofía desconsoladora, en vez de conducir a Julio al pesimismo y a la misantropía, lo arrastraba hacia el bien, y los males de todos lo llenaban de compasión por el mísero género humano, por ese pobre animal que se intitula rey de la naturaleza, y que en realidad no es más que el sufre-dolor de la creación. Los seres débiles y desvalidos eran el objeto de su predilección y empleaba su valor que casi era temerario, y sus recursos en su defensa.

Quince años cumplía Julio en diciembre de 1856. En el colegio era apreciado y estimado en su verdadero valor, y el jefe lo quería, cuanto cabe querer en un inglés metalizado y con ribetes de luterano anti-papista.

Ese amor no llegaba, no obstante, hasta sufrir la pérdida de un mes de pensión, como lo veremos en seguida. Sesenta libras esterlinas pagaba nuestro colegial por boarding y enseñanza, pues es preciso decir que el establecimiento no era, ni con mucho, un colegio de primer orden, y eso explica el corto valor de la pensión.

## 2

En un día frío y triste del mes de diciembre, el director del colegio, Mr. Jhong Backer meditaba, recostado sobre un largo sillón de suavísimos resortes, cerca de la chimenea, donde ardía un enorme pedazo de carbón que calentaba todo el cuarto; pensaba, decíamos, en los tormentos que el frío hace sufrir en esa estación a los pobres y desvalidos habitantes de la Gran Bretaña. A su izquierda tenía una mesita, sobre la cual humeaba una tetera de porcelana rodeada de la azucarera y lechera del mismo juego, y de una pirámide de *cakes* o pastelitos de harina y frutas conservadas. Entre sorbo y sorbo del hirviente licor chino y entre bocado y bocado de *cakes* leía su correspondencia. Una carta con la cubierta enlutada llamó su atención. Venía de América; la abrió y leyó lo que sigue:

“A Mr. Jhong Backer. Nottingham. Diciembre de 1857. Cartago.

El cólera morbus ha hecho de las suyas en este pequeño país. Catorce mil víctimas en una población de ciento cincuenta mil habitantes, hace más de un nueve por ciento, proporción que jamás se ha visto en ninguna parte del mundo aun incluyendo la misma cuna del mal, que es el Ganges. Entre las más fustigadas por la peste ha sido la familia de su pupilo, Julio, pues en una semana perdió a su padre, a la madre y a una tía vieja que vivía con ellos. Aunque poseían una mediana fortuna, la depreciación de los inmuebles, que es consecuencia natural de la guerra y de la peste, ha reducido la herencia de Julio a un proceso que será largo y dispendioso, y de donde no se sacará un solo centavo en limpio. Sea Ud. generoso y procure recomendar a la caridad pública al joven colegial, pues no hay que esperar nuevas pensiones, ni mucho menos encontrar fondos para pagar el pasaje.”

A un miembro de la familia latina, esa carta le habría proporcionado un terrible rato; y quizás habría derramado lágrimas de conmiseración, al notificar a Julio, que debía salir del colegio al día siguiente, por no ser posible continuar manteniéndolo y enseñándolo gratis; mas un inglés legítimo creería ofensivo a su dignidad el parar mientes en semejantes bagatelas; así fue que se limitó a ponerle una libra esterlina en la mano, entregarle su maletilla y darle su bendición luterana, encargándole mucha economía.

Con la muerte en el corazón se despidió Julio de aquel negro edificio que lo había albergado cinco años y con su maleta en una mano y un bastón en la otra, salió del colegio el mísero huérfano y atravesó la ciudad.

### 3

La nieve caía en gruesos copos sobre la ciudad de Nottingham, la Atenas Británica, como la intitulan los ingleses por haber sido cantados por sus poetas, los valles y montañas que la rodean. El cielo gris y el mugido del cierzo helado, enfriaban hasta la médula de los huesos de los que recorrían sus calles. El hambre y la sed son dos grandes productores de dolor y de sufrimiento; pero son nada en comparación del tormento que proviene del frío intenso, cuando no se tienen los medios de paliarlo. No hay hombre tan valiente que no baje la cerviz ante una temperatura de 30 grados bajo cero.

En ese estado de la atmósfera, y siguiendo el consejo del director Mr. Backer, emprendió Julio el viaje a Londres, a pie y sin más alimento en el estómago que una taza de té con tostadas. Si el tren expreso gasta ocho horas para salvar la distancia que separa la ciudad de Nottingham de la de Londres, ya puede suponerse el lector los días que Julio pasaría en el camino. En efecto, cinco días de buen andar lo llevaron a la gran capital, que hoy tiene ella sola más habitantes que Centro-América, Venezuela y El Ecuador juntos.

Dormía al lado de las vacas en las caballerizas de las quintas, y comía sólo pan negro de cebada ablandado en el agua de las fuentes públicas. Esa economía le era indispensable para poder vivir mientras encontraba cómo ganar la subsistencia. Todos los días mueren en Londres centenares de personas, muchas de ellas con profesiones y oficios, que en América habrían sido ricos. Médicos, abogados, ingenieros y escritores, perecen de inanición en las calles de la gran metrópoli. Costa Rica conoció uno de esos seres de privilegiado cerebro, Mr. Félix Belly, redactor que fue de "El Constitucional" de París, y escritor de varias obras literarias; ese hombre a quien el Gobierno de este país trató de igual a igual, fue encontrado una mañana en las afueras de Bruselas, expirando de hambre. Un periodista que lo encontró, lo hizo conducir a un hotel y recogió una suscripción con la cual salvó la vida de su *confrere*. Y si esto sucede a personas de esta talla, ¡qué podía esperar Julio, sin saber otra cosa que mucho latín, algo de griego y mucho de metafísica, geografía e historia, ciencias utilísimas y que sirven de adorno a cualquier hombre, pero que no producen ni se cambian por un solo *bock* de cerveza o un bocado de pan! En gran peligro estaba pues, nuestro cartaginense si Dios o su suplente, el acaso, no se compadecían de él.

Comenzó por alquilar una buhardilla en un quinto piso, por la cual pagaba seis chelines mensuales. Comía sólo pan y pasaba los días y parte de las noches recorriendo las calles de Londres, en la puerta de los teatros, o en los muelles del Támesis. Quiso ganar algunos peniques como cargador y mozo de cordel, pero lo molieron a mojicones los interesados en alejar la competencia. Cuando concluyó con su último penique, y vendió para alimentarse hasta su pequeña Biblia, fue arrojado de la buhardilla y comenzó para él una vida de miseria negra. Extenuado a veces, se arrojaba en la noche bajo el pórtico de algún edificio público, pero la policía lo condujo a la cárcel como vago. Verdad es que se le ponía pronto en libertad, mas esto era contra los deseos de Julio, que prefería estar encerrado entre cuatro paredes; porque allí al menos tenía asegurado un pedazo de jamón y otro de pan, además del techo, que lo abrigaba contra la nieve y el viento.

Así pasó Julio algunas semanas. Su buena estrella lo condujo a una gran caballeriza, donde trabajaban otros niños y adolescentes dieciocho horas al día por seis peniques, o sea, un real, con lo que apenas se libraban de morir de hambre. Se le aceptaron sus servicios y se le destinó a la limpia del estiércol fresco que tenía que sacar casi de debajo de los pies de los caballos. El paraíso le pareció a Julio su nueva posición. En efecto; dos comidas al día, compuestas de unas delgadas placas de jamón con una libra de pan negro, y media botella de cerveza. Dormía en un salón en común con sus compañeros de trabajo, y eso le proporcionaba algún calor, producido por la traspiración de más de cuarenta personas.

En ese establecimiento vivió, o más bien diremos, agonizó Julio durante año y medio, época en que llegó a Londres un comerciante herediano, y la casualidad hizo que éste fuera a alquilar un carruaje en la caballeriza donde aquél trabajaba.

Julio, a la vista de un paisano (en Europa, hasta los argentinos y brasileños se llaman paisanos) vestido a la *centro americana*, se dirigió a él en español y el comerciante vino así en conocimiento de aquel inmerecido infortunio. Dio a Julio algunos recursos para que preparara su viaje y le ofreció pagarle el pasaje en *proa*; esto es, en tercera clase.

Se embarcaron ambos en Southampton en el vapor “Seine” y llegaron a Puntarenas un mes después, vía Colón y Panamá. Julio siguió a su benefactor a Heredia. Esto en ocasión que se celebraban las alegres fiestas del Carmen. El Presidente don Juan Rafael Mora había sido invitado a ellas y fue recibido en la casa del rico comerciante en cuya casa habitaba Julio.

Después de la comida, se habló del viaje y de las aventuras, o mejor dicho, desventuras de Julio. Mora llamó a este y le hizo contar detalladamente lo que le pasaba y le había sucedido.

El Presidente Mora gobernaba bajo el imperio de una constitución (la de 1848) que hacía del mandatario un monarca casi absoluto. Además de eso, Mora, cuando se trataba de hacer bien, no se paraba ante un acto dictatorial. Pluguiera a Dios que lo hubieran imitado los dictadores que le sucedieron; mas estos solían usar de la dictadura, solo para sostenerse en el poder, para vengarse contra algún opositor o para adquirir ventajas pecuniarias. Por supuesto que entre los sucesores de Mora ha habido honrosísimas excepciones; así es que cada uno se aplicará el gorro que este a la medida de su cabeza.



Julio fue el objeto de uno de esos actos de benéfico absolutismo, como veremos más tarde. Por lo pronto fue incorporado en la comitiva del presidente, quien le declaró que en su casa tenía un cuarto para habitar y un lugar en su mesa. Esto, mientras entraba en posesión de sus bienes.

Así fue hecho. Julio, cuya noble alma no necesitaba de tanto para estimular su gratitud, fue desde ese momento el compañero inseparable de Mora, a quien servía como escribiente secretario y a quien quería y veneraba con un cariño que rayaba en adoración.

Con la influencia del poder de Mora, pronto fue liquidada la herencia de Julio, castigados los depredadores y malos curiales que habían enredado la sucesión, y nuestro colegial se encontró en 1859 con una corta fortuna que le proporcionaba la independencia y el confort. Pero Julio no aspiraba en esa época ni a la una ni a lo otro. Su gran desideratum era corresponder con su adhesión y lealtad a los beneficios recibidos del presidente.

En ese estado sus asuntos, ocurrió la revolución o cuartelazo del 14 de agosto de 1859. Julio quiso seguir al proscrito, mas este le hizo ver que sus servicios le eran más provechosos quedándose en Costa Rica ayudando a don José Antonio Chamorro, cuñado de Mora, a administrar y hacer producir el “Ojo de Agua”, la más valiosa hacienda del ex presidente, los fondos necesarios para atender a la manutención de la familia.

#### 4

En sus raros viajes a San José, dio la casualidad que encontrara Julio a una joven que decidió de su porvenir y de su vida. La primera vez que la vio fue en el entierro de una señora extranjera. Ella vestía de negro y marchaba con el paso y el porte de una reina; pero su trato y modales nada de altanero ni de pretencioso tenían. Lejos de eso, todas sus facciones, sobre todo sus pardos y grandes ojos, anunciaban caridad. Su boquita de *rosa* prometía mucho amor y mucha constancia. Julio creyó que ella lo miraba al descuido, y cuando los ojos de ambos se encontraron, ella se sonrojó en extremo, y él palideció de placer.

La segunda vez que se encontraron fue en un casamiento en la Iglesia Catedral. Esta entrevista decidió para siempre de la suerte de Julio, pues sintió que amaba a aquella fresca rosa, con toda su alma y con todo su corazón. Sintió también que era correspondido. ¿Por qué? Preguntádselo a todos los que han amado, y todos os dirán que el amor se comunica según el sistema novísimo de Marconi: por telégrafo sin alambre.

Es lo cierto, que Julio estaba locamente enamorado. ¿De quién? ¿Cuál era el nombre y la familia de su adorada? Lo ignoraba, y... valiera más que nunca lo hubiera sabido.

El doctor don José María Montealegre, Presidente de Costa Rica en 1859, fue el sucesor de don Juan Rafael Mora en el poder. Montealegre, médico de gran reputación se casó con doña Ana María Mora, hermana de aquel; así es que era cuñado de Mora. Excelente marido y padre amoroso, tuvo en este su primer matrimonio, diez hijas, cuyos nombres son muy honorablemente conocidos aquí y en California. Las hijas mujeres, todas, con excepción de una, se casaron más o menos bien. Entre ese jardín de flores descollaba una perfumada rosa, que no se podía verla sin amarla. Ahora bien, querida lectora: ¿queréis saber cuál era la desconocida ninfa que habla hipnotizado a Julio? Pues fue... nada menos que esa *rosa*, que, aquí para entre nosotros llamaremos Ester. Si señoras, Ester Montealegre era el objeto del desesperado amor de Julio. Decimos desesperado, porque esa unión era imposible, dados los acontecimientos políticos que pusieron entre la familia de Mora y la de Montealegre un obstáculo difícil de salvar... y que más tarde se convirtió en un abismo sin fondo.

Veamos cómo conoció Julio el nombre del objeto de sus ilusiones.

Una tarde del mes de agosto, paseaban a caballo por La Sabana varias jóvenes de la mejor sociedad josefina. Iban a Santa Ana a pasar el día en *El Brasil*, fuente ferruginosa que ha sido hace muchos años lugar de peregrinación en busca de salud.

Julio venía de Las Pavas, también caballero en elegante ruano. Al encontrar el grupo de jóvenes que un viejo inglés acompañaba, observó que uno de los caballos se encabritaba, y la joven que lo montaba daba gritos de espanto y terror. Julio, sin titubear, se dirigió a la paciente, que en ese momento era arrojada de su montura por un brusco salto del animal, y cayó, por dicha de pie, pero ligeramente maltratada en un brazo y una mano. Julio ofreció sus servicios, se apoderó del caballo rebelde, y ofreció cambiarlo por el suyo, que aunque muy brioso, había sido muy bien adiestrado. Todo esto lo hacía Julio sin saber ni lo que decía, impresionado enormemente al reconocer en la joven maltratada, el objeto de su intenso amor.

Sus servicios fueron aceptados, y como las consecuencias del accidente no eran graves, continuaron el viaje para Santa Ana, invitado Julio por el inglés para que las acompañara. En todo el camino no se separaron los dos jóvenes. ¿Qué se dijeron y de qué trataron en esas dos horas de camino? No lo sabemos. Mas al llegar a la célebre fuente de agua mineral, cada uno de ellos sabía que amaba, y que era apasionadamente correspondido. ¿Fue esto sobre entendido, o hubo expresiones, juramentos y demás protestas claras y mil veces repetidas, como es costumbre? También lo ignoramos, porque Julio jamás nos lo dijo.

Para comprender la inmensa desgracia que esperaba a Julio, es preciso recordar que esos sucesos pasaban en agosto de 1860. Mora y sus principales adeptos y deudos, habitaban Santa Tecla de El Salvador, y Julio, que no conoció más pasiones que el cariño y casi adoración a D. Juan R. Mora, y el amor a Ester, residía en la hacienda del *Ojo de Agua*, y solo venía a San José una que otra vez; así fue que volvió de Santa Ana con el grupo de excursionistas, quienes quedaron encantados de la buena presencia, de la amabilidad y del bello espíritu de Julio. Pero ni Ester ni ninguna otra de las jóvenes que la acompañaban, sabía quién era Julio, ni su posición política. El único conocedor de su situación, era el viejo inglés, quien, después que Julio se despidió, puso en conocimiento de todas ellas, que aquel joven era el más decidido opositor del actual orden de cosas; por consiguiente, mortal enemigo de Montealegre, padre de Ester.

Esta, al saber semejante historia, cayó en brazos de una de sus amigas, presa de uno de esos síncope rebeldes que imitan de tal modo la muerte, que muchas personas han sido enterradas vivas, en ese estado, en pueblos donde se carece de médicos, particularmente en tiempos de peste, en que todo el mundo se apresura a alejar los cadáveres por terror a la enfermedad.

El paseo al *Brasil*, en Santa Ana, fue descrito por un periódico semanal, que cayó en manos de Julio. Lo que este desgraciado sintió, al saber el nombre de su adorada, es difícil de expresar. ¡Ester, hija de Montealegre! ¡Ester, sobrina de Mora, pero hija del que lo arrojó del poder!

De una negra melancolía fue presa el alma de Julio desde ese momento; pero, desgraciada o dichosamente para él, tan rudo golpe del destino fue seguido por uno de esos cataclismos que cambian la faz de las naciones y la marcha normal de los pueblos.

En efecto; el desembarco en Puntarenas de los generales Mora y Cañas, el 15 de setiembre de 1860, fue uno de esos sacudimientos que forman época en la historia.

Mas, no habiéndonos propuesto en esta novelita histórica, otra cosa que el relato de uno de nuestros más terribles episodios nacionales; esto es, pintar la legendaria y sangrienta lucha de *La Trinchera*, pasaremos por alto los sucesos que precedieron y siguieron a ese combate. A los que deseen conocer esos hechos, les recomendamos la lectura de “Paginas de Historia” y la de otras publicaciones de la misma índole y del mismo autor que suscribe la presente, y que tiene el honor de besar las manos de sus lectores y los lindos pies de sus lectoras.

6

La atención del viajero que va o viene en el tren que hace la carrera entre Esparta y Puntarenas, (\*) es casi siempre excitada por la vista de La Angostura, que efectivamente es el lugar más estrecho de la lengua de arena, en cuyo extremo o punta está situada la ciudad de Puntarenas. Esa lengua de tierra está rodeada por las aguas del mar libre y por las del *Estero*, que son aguas del mismo Océano Pacífico, pero encajonadas en un estrecho golfo que termina en La Chacarita. A veces, en las grandes mareas, se unen las aguas; mas lo corriente es que dejen un espacio en seco, que no baja de diez varas, ni excede de cincuenta.

Allí se construyó la famosa Trinchera, que fue la tumba de muchos, y será imperecedero recuerdo del arrojo y del valor temerario que allí desplegaron los costarricenses, vencedores y vencidos.

Para comprender el motivo que decidió a los amigos de Mora, a tomar la defensiva, tras de una fortificación, en vez de marchar sobre Alajuela y San José, es preciso dar algunas explicaciones.

La revolución proyectada, debía estallar el 15 de setiembre simultáneamente en la costa y en el interior. Arancivia debía tomar los cuarteles de Esparta y Puntarenas, el mismo día que una sublevación hábilmente preparada estallaría en San José y Alajuela. Ese mismo día era convenido que desembarcarían Mora y los suyos. Claro es que si tal plan se consuma, el gobierno no hubiera podido impedir la entrada de Mora al interior, y una vez allí, era infalible el triunfo de este, dada la popularidad y el número de sus adeptos, que no bajaba de las nueve décimas partes de la población de Costa Rica.

Mas en vez de eso, hubo un Judas, y no un Iscariote cualquiera, sino un *conspicuo* y titulado Judas *Capitolino*, en quien los moristas habían depositado su confianza y sus más caros intereses. Ese falso amigo reveló el proyecto de revolución con todos sus detalles al Ministro omnipotente don Vicente Aguilar, y como ese crimen se cometió el 13 de setiembre, tenía el gobierno dos días a su disposición antes de que desembarcara Mora, para alistar su defensa y para imposibilitarle su marcha hacia el interior. A pesar de esa enorme ventaja, tal era el terror de los miembros del gobierno, ante un pueblo que en masa pertenecía a Mora, que todos ellos, con excepción de Aguilar, alistaron mulas y mozos para huir por Moín o Sarapiquí. La entereza del célebre ministro de Hacienda los salvó. Abrió su caja repleta de oro, e impuso su férrea voluntad a todos.

El General don Pedro García, fue enviado sobre la marcha al camino de Puntarenas, con una fuerza para impedir que el pueblo armado emigrara a la costa a unirse con su ídolo, y este puso en prisión a todos los moristas de importancia...

Con esa noticia, en vez de esperar a Mora y Cañas, que debían llegar en el vapor del 15 de setiembre, adelantaron la toma de los cuarteles de Esparta y Puntarenas y se fortificaron en La Angostura. He ahí la explicación y el génesis de La Trinchera.

---

(\*) Esta vía, aislada entonces, no existe hoy.

Once buques de vela estaban anclados en Puntarenas, y sus tripulaciones, compuestas en su mayor parte de ingleses, alemanes, americanos y suecos, presenciaron desde sus respectivos buques, la sangrienta y desigual lucha que vamos a describir. Los jefes de esos bajeles, todos nos eran favorables, y todos a porfía nos proporcionaron cuanto les pedimos: cañones, víveres, municiones y toda clase de armas, pagándolas unas, y otras sin remuneración alguna.

Entre los extranjeros que residían o estaban de paso en Puntarenas, solo uno nos fue hostil; un español, Barahona.

Todos los demás ayudaron a Mora, bajo cuerda unos, y otros sin ocultar sus acciones y simpatías. Tales fueron: el arrogante joven don Crisanto Medina; Mr. Folker, dependiente de la casa de Beeche y Cía.; Mr. Farrer, cónsul inglés; Mr. Roger, inglés avecindado hacía muchos años en Costa Rica, y que expuso su vida combatiendo a Walker, en cuya campaña, lo mismo que en la que relaté, fue nuestro *Nelson*.

De San José vino don Guillermo Nanne a la cabeza de un grupo de alemanes, sus compatriotas, algunos de los cuales fueron víctimas de su valor y de su lealtad.

Santander, chileno de muy buena familia, nos prestó sus conocimientos militares, y el venezolano M. Delgado, hábil ingeniero, dirigió la construcción de La Trinchera, que a juicio de los conocedores, era una obra maestra en su género.

Con esa ayuda, se comprende que en dos días, apareciera completamente concluida la famosa fortificación.

La Trinchera tenía la forma de una herradura de caballo cuyos clavos eran representados por claraboyas por donde asomaban nueve piezas de artillería de grueso calibre.

La fuerza que de ambos lados se batió, estaba organizada del modo siguiente: Mora, presidente de hecho y jefe supremo del movimiento revolucionario, residió en Puntarenas, lo mismo que el estado mayor general. D. Manuel Argüello Mora, Ministro secretario de Mora. El General Cañas, comandante de La Trinchera, y el General don José Joaquín Mora, comandante de la plaza.

La guardia del presidente, compuesta de 30 hombres, la mandaba el heroico y malogrado Salvador Guevara, antiguo administrador del “Ojo de Agua”. Esa fuerza no se movía del cuartel general. En la aduana vieja había 70 hombres y en La Trinchera 90 soldados. De estos, las dos terceras partes eran costarricenses del interior, y una tercera se componía de chiricanos, nicaragüenses y demás habitantes del puerto, mas no nacidos en este país.

Las tropas del Gobierno las mandaba el General Blanco (D. Máximo) asistido por dos *ad-láteres*: los señores don Francisco María Yglesias y don Francisco Montealegre, ministro de relaciones el primero, vicepresidente de la República, el segundo. Estos señores es probable que fueran desempeñando el mismo papel que la Convención francesa y el Directorio encargaban a sus comisarios: esto es, velar porque se cumplieran las instrucciones dadas a los generales e impedir que pudieran estos traicionar al gobierno.

De mil quinientos hombres se componía el ejército enemigo a las órdenes de Blanco: mandaban el primer batallón el Coronel Pí, español y a sus órdenes los capitanes don Próspero Fernández, don Leandro Quirós y don Tomás Herra. El segundo de Pi era don Federico Fernández. El segundo batallón lo mandaba el Teniente Coronel don Luis Pacheco, y bajo sus órdenes el Capitán don Pedro Quirós. El cuadro de oficiales montados (veinte) lo capitaneaba don Fernando Oreamuno (Tata Gollo). El tercer batallón iba a las órdenes de don Francisco Alvarado, y bajo las órdenes de éste, el Capitán Solano. Finalmente, el bandido llamado Capitán Rafael Gómez fue puesto a la cabeza de los cincuenta hombres que sorprendieron el cuartel general atravesando el Estero en botes. Médicos: Dr. Frantzius e Irineo Gómez. Ingeniero: Mr. Barillier, francés. Además tenían diferentes mandos y comisiones, don Pedro García, don Pedro Fabregat, el General Alfaro, don Aquileo Echeverría y don Ramón Campos. Ayudantes de Blanco, lo eran los valientes y generosos jóvenes don Recaredo Bonilla, don Jesús Salazar, y don Joaquín Rojas. Capellán: el asqueroso fenómeno llamado Padre Hernández, enano tan pequeño de cuerpo, como grande de vicios y maldades.

Cada cañón tenía su comandante. Los nombres de esos valientes eran: José de Jesús Quesada, Leonidas Orozco, Francisco Castro, Evaristo Fernández, Frutos Mora —hijo del Benemérito don Juan Mora Fernández, primer Presidente de Costa Rica—, Mariano Castro, Alberto Villalta, (el pretendiente de Elisa Delmar), Alberto Collar, alemán, Mariano Guevara e Ignacio Torres, el traidor, el General don Rafael Chavarría era ayudante de Cañas, y Santander, segundo del mismo. Las lanchas cañoneras las mandaban: la que estacionaba en el mar, frente a La Trinchera, don Guillermo Nanne, y la que defendía el paso del Estero, el Capitán Rogers.

Desde el 15 hasta el 28, todos los días había ligeros combates sin resultado, y se cambiaban algunas balas de ambos lados. El ejército del gobierno se ocupaba principalmente en construir el camino cubierto o *paralelas* que son unas zanjas en zig-zag que tienen por objeto acercarse al enemigo, a salvo de las balas. El 28 esas paralelas llegaban a cincuenta varas de La Trinchera. Esto entendido, pasaremos a describir el ataque y toma de esa fortaleza de madera.

Eran las seis de la tarde del 28 de setiembre. Mora conversaba en el salón del Estado Mayor, cuando llegó un correo de La Trinchera. Cañas avisaba que se notaban extraordinarios movimientos en La Chacarita y que flameaba allí una bandera blanca. Mora tuvo la ilusión de creer que se trataba de un parlamento, quizás de un arreglo de la cuestión política, y ordenó a don Manuel Argüello que pasara a La Angostura a averiguar lo que sucedía. Ese joven acompañado de su amigo íntimo don Crisanto Medina (hijo) partieron a caballo en el acto. En todo el trayecto encontraron los dos jóvenes balas de cañón que recorrían la ancha playa, levantando la arena y formando *ricochets*. Llegados a La Trinchera supieron que no había tal bandera blanca; al contrario, todo indicaba que aquella noche se daría el asalto. Cañas suplicó a Medina que volviera a Puntarenas a comunicar a Mora lo que pasaba, y a don Manuel le rogó que se quedara con él para que lo ayudara en la defensa. Dio orden a don Rafael Chavarría para que hiciera un reconocimiento, acercándose lo más posible a las paralelas, y este valiente joven volvió diciendo que el asalto era inminente. Atención, tocó la corneta, y en medio de un profundo silencio, Cañas dio sus últimas órdenes. Estas eran: que al toque de “fuego” cada oficial hiciera disparar su cañón, menos el grande del centro, encomendado a Ignacio Torres, cuya pieza solo debía vomitar su metralla cuando el mismo Cañas, y no otro, diera la voz de “fuego”. Apenas acabadas de dar esas órdenes, el centinela de la Garita gritó: “El enemigo avanza”. Entre madero y madero había intersticios hasta de una pulgada de ancho, además de las claraboyas de los cañones. Por esas aberturas vieron los jefes y oficiales que las tropas saltaban de las zanjas, en silencio y, cuando hubo más de mil soldados fuera de ellas, que emprendían a la carrera, el camino hacia La Trinchera.

Oigamos a Julio Valera, que en una carta a don José A. Chamorro, describe el combate como sigue:

“El corazón se nos saltaba de emoción al oír nuestra corneta tocar a “fuego”. Casi a un tiempo derramaron el espanto y la muerte nuestros ocho cañones. Los rifleros hicieron otro tanto; mas, apenas hubo tiempo de hacer esa primer descarga, porque las tropas del gobierno rodeaban La Trinchera, sirviendo unos soldados de escala para que otros subieran sobre ellos. Pronto vimos toda la altura de la palizada cubierta de combatientes. De estos, unos se dejaban caer sobre nosotros o se batían desde arriba con sus rifles y sus bayonetas. Cuando hubo frente al cañón del centro una masa de más de quinientos hombres, Cañas dio la voz de “fuego a la pieza central”. Torres acercó el mechón encendido al oído del cañón. Un relámpago iluminó el espacio, mas el tiro no salió. Tres o cuatro se precipitaron para agujerear el oído de la pieza, pero no fue posible encontrar el punzón o lezna que antes colgaba de la cureña. “¡Un cortaplumas, un clavo, o estamos perdidos!”, exclamó Cañas. Nada, ni cortaplumas ni cosa que se le pareciera. Tres veces se le puso nueva ceiba y las tres veces se quemó en balde la pólvora. Si ese cañón hubiera dado fuego en su oportunidad, nuestro triunfo era seguro, porque habría barrido y puesto fuera de combate a la mitad de la fuerza enemiga. En vez de eso, ya no se trataba de tomar La Trinchera, porque ambas fuerzas combatían mezcladas de

este lado del fuerte y se acuchillaban a mansalva. Nuestro ánimo no desmayó, a pesar de todo, pero cuando menos lo esperábamos, vimos pasar por el lado de la playa, el cuerpo de oficiales montados del enemigo, y nos creemos rodeados por vanguardia y retaguardia. Eso provino de un descuido de Delgado, pues la fortificación sólo llegaba hasta la línea que marca la marea alta; así es que en marea baja quedaba a descubierto un espacio de mar de ocho varas, donde solo había unos sacos de arena por defensa.

Cañas se multiplicaba incitando a oficiales y soldados a no dar un paso atrás. Ya en esos momentos no quedábamos luchando arriba de treinta hombres, pues todo lo que no era costarricense de raza blanca huyó, arrojando sus armas.

¡Triste espectáculo el que presentaba un punado de defensores atacados por más de mil soldados! Lo más triste del caso es que aquella era una lucha verdaderamente fratricida. Peleaban el padre contra el hijo y el hermano contra el hermano. ¡Quién no se ha conmovido de horror al oír contar la tan conocida riña de los dos Joricas! Jorica el joven era hijo de la célebre buscona llamada *Pancha Tana* y era de los nuestros. Jorica el padre, venía con las fuerzas del gobierno. En la oscuridad y en el calor de la refriega, vimos a dos hombres rodar por el suelo, tratando de acuchillarse el uno al otro. Por fin, uno de ellos sujeto al otro y ya iba a traspasarle con su bayoneta, cuando un soldado del gobierno le gritó: “¡Bravo Jorica; despacha pronto a ese perro, y prepárate para el saqueo de Puntarenas!” Al oír ese nombre, Jorica el viejo exclamó: “Mátame bruto; comete el único delito que te falta por cometer”. Jorica hijo, soltó a su padre diciéndole: “Te has escapado viejo; pero te aconsejo que te hagas el muerto, para que otro, que no sea tu hijo, no te mate de veras.

Cada momento se aumentaba el número de los asaltantes y se aminoraba el de los defensores de La Trinchera. El estertor de los agonizantes, junto con los gritos de los heridos, formaba una terrible armonía con el reventar de las olas y el tronar de los cañones. Cuando ya solo quedábamos unos ocho o diez combatientes moristas, Cañas dio la orden apenas oída por nosotros de “Sálvese el que pueda y acudamos al Estado Mayor”. Esto diciendo, Cañas montó en un caballo que allí estaba amarrado, pero desensillado. En las ancas se colocó Mariano Guevara y partieron al galope. Tras de ellos seguimos algunos de los que aún quedábamos libres. A don Frutos Mora, lo asesinaron bárbaramente, alternando cada “Viva Mora” que salía de la boca de ese valiente, con un balazo o bayonetazo; hasta cuatro veces repitió el heroico hijo del Benemérito don Juan Mora Fernández el grito referido, y cuatro descargas consecutivas enviaron esa bella alma a las regiones celestes. Otro asesinato relataré, que, aunque se verificó en otro lugar lejano de La Trinchera, fue consecuencia de nuestra derrota: Salvador Guevara, leal mandador de Mora, fue hecho prisionero después de una lucha desesperada, en que se defendía contra veinte. Una vez atadas sus manos, un oficial muy conocido de Guevara se acercó a él y le ofreció sus servicios. El incauto y bravo Salvador aceptó la oferta, y le dijo que tomara un carriel que colgaba de su espalda, que allí había cuatro mil pesos en oro y lo entregara a su esposa; pues era todo cuanto él poseía, y serían los únicos recursos con que contaría su viuda e hijos. Con presteza ejecutó el oficial la acción que se le pedía, se apoderó del carriel, y sin titubear, se retiró unos pasos atrás, y apuntó con el rifle al desgraciado Guevara. La muerte fue instantánea, que era lo que se proponía el bandido oficial.



Entre los más esforzados y valientes defensores de La Trinchera, no puedo olvidar a Juan María Murillo, Antonio Argüello, oficial proveedor, y Espíritu Santo Solera, y a mis queridos amigos Torcuato Monge y Joaquín Borbón.

Don Manuel Soto, de Alajuela, acompañado de su hijo Manuel, de quince años de edad, se batió como un león.

¿Qué costarricense dejara de envanecerse al oír contar la siguiente proeza de que fueron autores Toribio Artavia y Clodomiro Barquero, de Santo Domingo? Iban huyendo para Puntarenas delante de una partida de soldados vencedores. Todo su anhelo era escapar de ser alcanzados por ellos, pues esa noche no se daba ni se pedía cuartel, así es que en el caso de ser tomados, los fusilarían en el acto. Corrían, pues, a mas no poder; pero uno de los soldados del gobierno les gritó: “Bandidos moristas, así es como defienden ustedes a sus patronos, los canallas Mora y Cañas”. Al oír este insulto, ambos muchachos se detuvieron y en vez de continuar huyendo volvieron sobre sus pasos, calaron la bayoneta a sus rifles y se lanzaron sobre el grupo que los perseguía, compuesto de más de diez hombres. El resultado de esta heroica lucha fue la muerte de uno de estos, Baltazar Robles, de la Arenilla de Cartago, dos heridos gravemente y la fuga del resto, uno de los cuales se arrojó al Estero y se ahoga: Antonio Jarquín, de La Uruca. Desnudaron al que habían matado y a uno de los heridos y se vistieron con el uniforme de ellos, que consistía en blusa, pantalón de lana azul y sombrero de paja rodeado de una divisa roja con estas palabras impresas: “Viva Montealegre”. Así disfrazados, ya tenían asegurada la vida. Como yo había hecho algo parecido, despojando a un soldado del gobierno de su vestido, marchaba tranquilo a unirme con Mora en Puntarenas. Fui alcanzado por Artavia y Barquero y los tres decidimos que, mientras no nos conocieran, pasaríamos por defensores del orden, y entraríamos a la ciudad por la Galera... ¡Cual fue nuestra sorpresa al encontrar la plaza tomada y las calles cubiertas de muertos y heridos de uno y otro bando! En ese punto supimos que Ignacio Torres, el artillero que manejaba el gran cañón del centro, no era más que un traidor a quien Blanco aconsejó que llegara a donde Cañas fingiéndose desertor y morista exaltado. Como eso nada tenía de inverosímil, se le creyó y se le encomendó la delicada misión que ya sabemos. El cañón no disparó porque Torres lo clavó con anticipación, fuera de que al cargarlo le introdujo primero la metralla y después la pólvora. Era imposible pues, servirse de él. El infame refería esa hazaña en Galera riéndose y burlándose de nosotros.

A la verdad debo decir que todos los asesinatos que esa noche se cometieron, no fueron autorizados por el general en jefe, sino que cada oficial se consideraba dueño de la vida de los vencidos.

Desde el extremo de las paralelas hasta La Trinchera, el suelo quedó cubierto de heridos y muertos, la mayor parte vecinos de Guadalupe y San Vicente. Allí mismo murió el Coronel Pí, y fue herido, el Capitán Próspero Fernández. De nuestro lado, muertos en lucha leal, solo lo fueron Alberto Collar, alemán artillero, y M. Montero; los demás fueron asesinados después del combate.

La luna iluminaba ese lúgubre espectáculo, y una llovizna continua mojaba los vestidos de los combatientes.”

Aquí concluye la relación de Julio Valera.

Respecto de la conducta y del valor heroico que de uno y otro lado se desplegó en ese hecho de armas, nos atenemos a la imparcial opinión de don Francisco Ma. Yglesias, quien escribía esa madrugada la carta dirigida al gobierno, que copiamos a continuación, y que corre publicada en documentos oficiales:

“Senor Ministro de la Guerra.—Puntarenas, Septiembre 28 de 1860. A las tres de la mañana.—Nuestras tropas ocupan ya a Puntarenas, desde las diez y media de la noche, después de una reñida lucha en la Angostura.

...Han sido pasados por las armas Frutos Mora, Manuel Aguilar, Salvador Guevara y Ramón Pasos; existen en prisión: Manuel Argüello, el padre Zamora, Tirso Navarro (gravemente herido) y otro de poca importancia.

...En esta brillante acción, *todos, todos*, han cumplido su deber, y ni *Santa Rosa* y *Rivas* pueden igualar a lo *arduo* y peligroso de ese combate. Soy de Ud., — Franco. Ma. Iglesias.

9

Al concluir la historia del sangriento combate de la Angostura se nos permitirá que recordemos algunos incidentes de esa lucha, aunque no tengan relación ni enlace unos con otros, pero que casi se verificaron a un mismo tiempo y en el estrecho semicírculo de la herradura que formaba La Trinchera.

Santana Gómez, de Alajuela, al enfrentarse con un cañón en La Trinchera, pensó que lo mejor era acercarse a la claraboya y esperar que el tiro saliera. Así lo hizo, y cuando, ya nuevamente cargado, volvieron los artilleros a arrimar el cañón a la claraboya, Gómez poniendo un pie sobre la pieza, salto a La Trinchera y cayó sobre el artillero alemán Collar. Sin darse cuenta este de lo que le pasaba, se levantó sin hacer caso del nuevo huésped, y dio fuego a la pieza, quedando Gómez debajo. Como todo cañón al disparar rechaza, esto es, camina para atrás, quedó libre la claraboya. Santana pensó que lo mejor que tenía que hacer era volver a salir de La Trinchera, antes de que lo rodeara el enemigo y, metiendo primero la cabeza, se escurrió como una rata por el hueco, y fue recibido del otro lado por un bayonetazo de sus amigos, que le tomaron por morista que huía.

Antonio Retana, morista, y Balvanero Bolaños, montealegrista, ambos del Hatillo, se batieron dentro de La Trinchera y se cosieron a bayonetazos. Ambos quedaron por muertos; pero al día siguiente almorzaban juntos unos tamales fríos de frijoles que traía el soldado gobiernista. Resulto que eran vecinos, y convinieron en ayudarse mutuamente. Años después Retana se casó con la hermana de Bolaños; solo que este tuvo que exhibir el resto de su vida una enorme cicatriz en la frente, que le había proporcionado su cuñado, y Retana tuvo que carecer de una oreja que le mordió y arrancó Bolaños en el furor de la lucha.

Vicente Villaseñor se escondió después de la toma del Estado Mayor, bajo el piso de la casa de un señor Bosh, chileno; Rafael Gómez, el asesino de profesión, mandó a sus soldados que hicieran fuego bajo la casa, por si algún morista estaba allí. Villaseñor fue herido de un balazo en un ojo, quedándole la bala adentro, y saltándole el ojo hecho mil pedazos. El pobre joven, seguro de que sería ultimado si sospechaban su presencia, no se movió ni se quejó, y sufriendo horribles dolores de su herida, pasó toda la noche inmóvil y desangrándose. Al rayar el día, el señor Bosh creyó oír una especie de estertor bajo el piso y encontró a Villaseñor casi agonizando. Lo hizo llevar al piso alto y allí fue cariñosamente cuidado por el generoso chileno y su hija, la conocida Tomasita Bosh, que después fue la señora de Knhör. Esas eran las hazañas de Gómez; siempre haciendo mal a mansalva; así fue que mereció su fin: fue fusilado por la espalda en David, por una traición que cometió contra el gobernador de Chiriquí.

## 10

Julio fue uno de los más decididos e inteligentes colaboradores de la Lorenza y de Elisa Delmar en sus generosos proyectos para salvar la vida a Mora y a Cañas. Mas, todo fracaso, a pesar de que, desde el 28, Julio, Toribio Artavia y Clodomiro Barquero aparecían como soldados del gobierno y servían bajo las órdenes de Francisco Alvarado, lo cual les proporcionaba algunas ventajas y conocimiento de lo que se hacía en ese bando.

Los tres jóvenes marcharon para San José el seis de octubre; pero en San Mateo, un amigo de Julio les avisó que había sospechas de que ellos fuesen moristas y que se trataba de identificarlos, y en caso de que realmente lo fuesen, se pensaba en mandarles dar cien palos a cada uno. Esa noticia los hizo escaparse, evitando caminos reales. Así lo hicieron y, llegados a San José, comenzaron a preparar el atrevido plan que se habían propuesto realizar, vengando en parte la muerte de Mora y Cañas. Se trataba de robar al poderoso Ministro Aguilar, y de tenerlo escondido, haciéndolo devolver a los herederos de Mora una muy fuerte suma que este le reclamaba y aquel se negaba a pagar. Con ese objeto se le vendería el alimento y el agua, haciéndoselos pagar a peso de oro. Era de oír a aquellos medios locos formular la tarifa del *boarding* que ofrecerían a Aguilar: por un huevo cocido, diez onzas de oro; por un vaso de agua, quinientos duros, y así lo demás. Para lograr su objeto, prepararían tres cabalgaduras de primer orden, y a mediodía, entrarían a San José, armados de todas armas y con buenas sogas. Llegarían a la casa del ministro a buscarlo con cualquier pretexto y lo atarían y conducirían en ancas de uno de ellos al lugar destinado al efecto. Esa era la tarea que tocaría a los tres amigos; protegidos por media docena de moristas que escoltarían la comitiva y se batirían con los que en la casa o en la calle trataran de impedir el rapto.

En esa época la Administración Montealegre estaba de tal modo desprestigiada entre las clases media y pueblo, que en las poblaciones vivían tranquilos muchos moristas de los que se batieron en la Barranca y Puntarenas contra las fuerzas del Gobierno, y que eran buscados con empeño por la policía para castigarlos: sólo la autoridad ignoraba su residencia. Así sucedió a Julio, a Mr. Hogan, y a otros muchos. Estos señores se paseaban por todas partes y no eran denunciados. Eso explica los sucesos que vamos a contar.

Se fijó el día y la hora en que debía ejecutarse el proyecto. Todo estaba listo. La víspera conferenciaban Artavia y Julio Valera, en el cuarto de este. Iban a separarse cuando entró a la casa un joven inglés, Mr. X, de buena presencia y elegantemente vestido. Suplico a Julio que le permitiera unos minutos de conversación a solas. Artavia se despidió, y el inglés se expresó así: “Soy el pretendiente de Ester Montealegre, y su mano, estoy seguro, me será otorgada por el Dr. Montealegre. Sé que usted ha amado, y quizá ama aún a mi prometida. Ignoro si ella le ha dado a usted alguna muestra de amor, o si tal vez nunca lo ha querido. Tengo pues el derecho de escudriñar esos hechos y de conocer los proyectos de usted con respecto a ella”. Julio le contestó, que, aunque no le concedía derecho alguno a intervenir en sus asuntos, no tenía inconveniente en declararle, que efectivamente adoraba a Ester, pero que jamás se casaría con la hija del que firmó la orden de fusilar a Mora; que a pesar de eso estaba decidido a no permitir que otro hombre obtuviera su mano. El inglés le replicó, ya pálido de cólera, que no había más que un medio de zanjar la cuestión, y era, que uno de los dos desapareciera, que estaba decidido a matarlo si no renunciaba a sus locas pretensiones de disponer del destino de Ester. Julio se sonrió y con calma y buen humor le manifestó, que eso de matar no era una cosa fácil para un inglés de Santa Lucía (nuestro inglés nació en la isla de ese nombre, que es una colonia inglesa en las Antillas menores).

Como lo que más deseaba Julio era deshacerse de aquel obstáculo inesperado, y disponer de sí mismo al día siguiente, le propuso que se arreglaría el asunto por las armas; pero no antes de tres días. El inglés insistió en que había de ser ese mismo día, o lo más tarde, el día siguiente. No era el deseo de vengarse ni otro motivo pasional el que incitara al inglés a apresurar el lance convenido, sino, al contrario, el terror de que el tiempo enfriara su resolución de batirse a muerte, que no todo el mundo tiene el valor sereno de esperar dos o tres días el momento de una muerte probable. Los hombres que no están seguros de su pulso y de su ánimo, quisieran salir del apuro cuanto antes y no exponerse a un enfriamiento peligroso. Julio, desesperado de tener que luchar contra un obstáculo que no estaba en su mano remover, suplicó al doctor Hogan y a don Ramón Herrán, que como testigos suyos arreglaran el asunto.

Estos dos señores se avocaron con dos extranjeros, amigos del inglés, y quedó decidido que se batirían a revólver, cambiándose tres balas a 30 pasos y pudiendo marchar el uno hacia el otro hasta tocarse. El duelo debía verificarse a las seis de la mañana del siguiente día, que era también el destinado para el rapto o secuestro de Aguilar.

Ramona Saldos, fresca y sana campesina, fue madre de una niña, en la misma semana que nació Julio Valera. Eso la señaló a los padres de éste, como adecuada para alimentarlo con su leche y su cariño. Catorce meses desempeñó Ramona el fácil y agradable oficio de nodriza. De allí provino una amistad entre ella y su bambino, que, lejos de disminuir, aumentaba con el tiempo; pues cada día quería más y más a su Julio, y éste la trataba como a una madre.

Cuando sus servicios no fueron necesarios a la familia Valera, se concertó Ramona en casa del Dr. Montealegre como camarera o sirvienta de *adentro*. En la época que pasan los sucesos que acabamos de referir, Ramona hacía ya más de veinte años que era sirvienta de Montealegre; pero su buena índole y su mejor corazón, hicieron que con el tiempo la sirvienta se convirtiera más bien en una amiga respetuosa de la familia. Por ese motivo, Ramona estaba al cabo de la pasión que su Julio sentía por Ester, su señorita o pupila la más querida.

Confidente de Julio, no lo era de Ester, porque esta era joven muy reservada, y jamás se dio por entendida de que el “hijo de leche” de Ramona tuviera nada que ver con ella. Así estaban las cosas, la víspera del desafío de Julio con el inglés. Conocedora del peligro en que estaba la vida de su niño, abandonó su reserva habitual y comunicó a Ester lo que pasaba. Esta, sin rodeos ni explicaciones, dijo a Ramona las siguientes palabras: “Monchita, es preciso que ese desafío no se verifique.”

¿Qué hizo la pobre Ramona para impedir el temido lance? Veremos.

Las seis de la mañana señalaba en su muestra el reloj de la Fábrica. En un potrerito situado en el lugar en que más adelante se construyeron los tanques de la cañería de San José, Julio Valera miraba tranquilo la operación de cargar los revólveres por los cuatro testigos, uno de los cuales era médico, el Dr. Hogan. El joven inglés, adversario de Julio, a la sombra de una cerca, escribía con lápiz en una cartera y concluida la misiva, puso en la cubierta la siguiente dirección: “*Mrs. XX. Foulton-road-London-109. Inghland*”. Entrego el papel a uno de sus amigos y se colocó en su puesto. Julio fue conducido por don Ramón Herrán al que le correspondía, a treinta pasos del primero: ambos recibieron su revólver, y Hogan dio la señal, esto es, una palmada. El inglés avanzó algunos pasos e hizo fuego, la bala paso a una pulgada del hombro izquierdo de Julio; éste, inmóvil ni siquiera dirigía su arma contra su adversario, quien continuó avanzando y disparando. La segunda bala se perdió en el espacio, según creían; pero la mortal palidez de Julio después del disparo, puso en cuidado a sus padrinos. La tercera bala del inglés, claramente se vio que fue a descascarar un árbol de la cerca. Era pues hombre muerto el pobre inglés, porque Julio, que no había hecho aún ni un solo tiro, tenía el derecho de acercarse hasta tocar con el arma a su contrario. Así lo hizo, marchó tranquilamente, y cuando estuvo a media vara de distancia del inglés, disparó al aire los tres tiros de su revólver. Solo en ese momento notaron los testigos que un ligero tinte de sangre manchaba su camisa. Apenas tuvieron tiempo para recibirlo en sus brazos, impidiéndole que cayera, pues tenía un pulmón traspasado por la bala. Lo llevaron a una casa muy próxima y lo acostaron en una banca de madera, para desnudarlo y examinar la herida.

En eso estaban ocupados, cuando llegó Ramona, la nodriza, media loca de dolor y se arrodilló frente a Julio, y derramando copiosas lágrimas exclamó: “¡Hijo de mi alma, he llegado tarde!... Quizás habrías vivido si hubieras leído esta carta!”. Y puso en manos de Herrán un pedazo de papel arrugado, que contenía lo que enseguida copiamos:

*“Moncha, es necesario que Julia Valera y Mr. X no se batan. Puede ser que la presente declaración sirva de algo. Deseo pues que los señores Herrán, Hogan y Mr. X sepan lo siguiente: Mi corazón aún no ha latido por hombre alguno. Hubo una época, en que creí sentir por el señor Julio Valera sentimientos desconocidos y de cuya índole no me di clara cuenta: ¿era amistad, era amor?, ¿era gratitud por su generosa conducta conmigo? Me incliné a creer esto último; pero aún ese puro y desinteresado sentir, desapareció al saber ciertos planes y proyectos que el cariño a sus protectores le inspiraron. Por lo que hace a Mr. X, me es completamente indiferente. ¿Cómo es posible, pues, que un hombre y quizá dos, jueguen la existencia por motivos imaginarios? Muy desgraciada sería si sobre mi conciencia cargara la pérdida de una vida humana. Quede pues entendido que ni ahora ni en ningún tiempo hubiera sido la esposa de Julio ni la de Mr. X. Pero, si en algo puede influir mi voluntad en el destino de esos dos hombres, que ellos sepan que de lo que sí estoy convencida es de que cualquiera de esos dos señores que dé la muerte al otro por mi causa, será objeto de horror y de antipatía para mí, y la memoria del que sea víctima, encontrará cariñosa tumba en mi recuerdo y en mi corazón.”*

Esa carta fue leída en voz alta por Herrán. Julio, aunque al parecer ya no vivía, probó lo contrario, apoderándose de la carta, llevándola a su boca e imprimiéndole un beso, acompañado de un leve suspiro y de una ligera sonrisa que fue la última de su vida. Julio murió dichoso, pues su fisonomía así lo indicaba. Murió satisfecho del amor póstumo que ofrecía Ester a aquel de sus dos pretendientes que fuera víctima del otro. Su memoria tendría cariñosa tumba en el corazón de Ester.



## MANUEL ARGÜELLO MORA

(1834-1902)

Narrador, cronista, ensayista, periodista, político y abogado costarricense, nacido en 1834 y fallecido en 1902. Autor de una vigorosa producción narrativa que participa plenamente de los rasgos formales y temáticos del Realismo, está considerado como el fundador de la novela costarricense y uno de los grandes impulsores de la Literatura de su nación.

Hombre polifacético donde los haya habido, desarrolló a lo largo de su vida numerosas actividades profesionales y vocacionales, y desplegó una intensa labor política que, durante muchos años, estuvo estrechamente ligada a la figura egregia de su tío Juan Rafael Mora, que fue Presidente de la República de Costa Rica en dos legislaturas consecutivas (1849-1853 y 1853-1859). En sus textos literarios es recurrente la temática histórico-política, plasmada en el relato de ciertos episodios que, presentes con reiteración en diferentes trabajos, revelan la intención del autor de dotar a su nación de una leyenda fundacional vinculada a la implantación de la democracia liberal en el pequeño país centroamericano.

En efecto, Argüello Mora, en su empeño por repasar una y otra vez los acontecimientos de alto calado político que le había tocado vivir -entre ellos, el derrocamiento de su tío, acompañado de su condena a la pena de destierro y su posterior intento de recuperar, por vez tercera, el poder, lo que le llevó ante el pelotón de fusilamiento-, muestra una clara voluntad de establecer, en el espacio mitificador de la literatura, una serie de hitos que jalonan el destino de la joven nación en la que había venido al mundo. Y, aunque en esta proyección mítico-legendaria de la historia no queda excluida la vanidad personal (reflejada en la sutil vinculación de los destinos de la nación a los aciertos y fracasos de la familia Mora), lo cierto es que el primer narrador de las Letras costarricenses, al relatar episodios que él mismo había conocido de primera mano -ya como protagonista directo, ya como testigo presencial de los hechos-, se convierte en uno de los primeros intelectuales que, intencionadamente, procedieron a sintetizar en sus trabajos de creación ciertos rasgos sociales, culturales, políticos, religiosos y etnográficos que subrayan la existencia de una identidad nacional costarricense.

En este sentido, es clara la voluntad de Argüello Mora de plasmar esas señas de identidad autóctonas que singularizan a la nueva nación de Costa Rica respecto al resto de las naciones americanas recientemente emancipadas de España. Como afirma, al respecto, la profesora Valeria Grinberg Pla —una de las mejores conocedoras de la vida y la obra del escritor costarricense—, Manuel Argüello Mora, “más que llenar el vacío producido por el necesario alejamiento de España como marco de referencia histórico, tiende, al tratarse de relatos del pasado reciente relativos a la vida política del país con posterioridad a la fundación de la República de Costa Rica en 1848, a individualizar a Costa Rica respecto de las otras naciones centroamericanas”.

A la sombra, pues, de ese gran árbol protector que fue su tío Juan Rafael Mora, Manuel Argüello glosó el proceso de constitución del capitalismo agrario y el estado nacional costarricenses, y acabó convirtiéndose en figura paradigmática del escritor centroamericano de la segunda mitad del siglo XIX. Se trata de un modelo de escritor que, a caballo entre el político y periodista de la generación anterior —que compagina su febril actividad pública con la necesidad esporádica y circunstancial de verter sus vivencias y reflexiones en textos periodísticos y, ocasionalmente, literarios—, y el autor “profesional” del siglo XX, reproduce esa dimensión cívico-cultural del literato de mediados del XIX, aunque ya más pendiente de crear, en sus escritos, un producto eminentemente literario. En este sentido, Argüello Mora es no sólo el padre de la novela costarricense y el principal impulsor de la Literatura de su pueblo, sino también uno de los primeros artistas centroamericanos conscientes de la necesidad de adaptar, a la realidad socio-cultural en la que viven, las tendencias, corrientes y escuelas que triunfan en su época en Europa (en su caso concreto, el Realismo costumbrista, aunque con especial agudeza para captar ciertos rasgos de un incipiente Modernismo).

Su obra se puebla, así, de cuadros costumbristas de intención satírica, herederos en buena medida de la prosa periodística de Mariano José de Larra, tanto en su estilo y su temática como en su modo de difusión: los principales rotativos y revistas del panorama cultural de su tiempo y lugar. Además de estos cuadros costumbristas, Argüello Mora escribió varias crónicas históricas centradas en episodios relacionados con la vida y la dimensión política e histórica de su tío; otras crónicas en las que relata algunos de los viajes que realizó en su juventud por el Viejo Continente; dos narraciones extensas que, catalogadas por el propio autor de “novelas históricas”, combinan una urdimbre argumental típicamente romántica con sucesos y personajes reales, muchos ellos coetáneos de Argüello Mora; y diez relatos de menor extensión, a los que el escritor costarricense denomina “novelitas de costumbres”, que convierten a Argüello en uno de los mejores representantes, en las Letras centroamericanas del siglo XIX, de ese realismo regionalista heredero del costumbrismo romántico.

Casi todos estos escritos —a excepción de una parte considerable de su obra periodística— aparecieron recogidos en varios volúmenes que dio a la imprenta Manuel Argüello Mora al final de su vida. Se trata de obras como:

- Costa Rica pintoresca (San José: 1899), que no es sino una interesante recopilación miscelánea de novelitas, cuentos, crónicas históricas y descripciones paisajísticas.
- Elisa Delmar (San José, 1899) y La trinchera (San José, 1899), que son sus dos “novelas históricas”, editadas por separado.
- La bella heredera. El amor a un leproso (San José, 1900), edición conjunta de dos de sus “novelitas de costumbres costarricenses”.
- Un drama en el presidio de San Lucas. Un hombre honrado. Los gemelos del Mojón (San José, 1900).

### **Bibliografía**

BONILLA, Abelardo. “Estudio introductorio” a Manuel Argüello Mora, Obras literarias e históricas (San José: Ed. Costa Rica, 1963).

PÉREZ YGLESIA, María. “Entre la tradición y la ruptura: Manuel Argüello Mora, un humanista del siglo XIX”, en Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica, X, nº 2 (1984), págs. 63-87.

### **Página Web consultada:**

<http://www.mcncbiografias.com/app-bio/do/show?key=arguello-mora-manuel>





Imprenta Nacional  
Editorial Digital

[www.imprentanacional.go.cr](http://www.imprentanacional.go.cr)

COSTA RICA